

Días de alcohol y rosas

Luis M. Iruela. Universidad Autónoma de Madrid. España

Resumen: El alcoholismo es una condición de efectos trascendentales sobre la vida social y emocional. Este artículo se ocupa del sentimiento nuclear del alcoholismo, la vergüenza, basándose en un análisis de la película “Días de vino y rosas”.

Palabras clave: vergüenza, alcohol, Ernest Dowson, Blake Edwards

Abstract: Alcoholism is a condition with far-reaching effects on social and emotional life. This article deals with the core sense of alcoholism, shame, based on an analysis of the movie “Days of wine and roses.”

Keywords: Shame, Alcohol, Ernest Dowson, Blake Edwards

Ernest Dowson (1867-1900) fue un poeta inglés, esteticista y decadente, que perteneció a la llamada por Yeats “generación trágica”, y que murió como un bohemio a consecuencia de su alcoholismo y la tisis. De su obra ha sobrevivido un pequeño poema sobre el paso del tiempo y la fugacidad de la vida.

Está recogido en el libro *Verses* (1896) con un título en latín que, a su vez, es uno de los más conocidos versos de Horacio: “*vitae summa brevis spem nos vetat incohare longam*” (“la vida, tan breve, no admite esperanza larga”, traducción de Manuel Fernández Galiano), (*Libro I, Oda IV*).

Dice así la composición de Dowson:

*No duran el llanto y la risa
el amor, el deseo y el odio:
Creo que no dejan huella en nosotros
después de pasar la puerta.*

*No son largos los días de vino y rosas:
De un nebuloso sueño
surge por un tiempo nuestro camino,
luego en un sueño desaparece.¹*

Referente cultural

Se considera al poema una referencia obligada en el mundo anglosajón culto, en especial, las afortunadas palabras “días de vino y rosas”, que pusieron nombre a una famosa película de Blake Edwards en 1962. No era ésta, sin embargo, la primera vez que el cine hacía una mención expresa de las mismas. En el largometraje de Otto Preminger, *Laura* (1946), el refinado personaje de Waldo Lydecker da rienda suelta a su desesperada nostalgia acudiendo también a ellas.

¹ La traducción es del autor.



El filme de Edwards parte de un guión escrito para la televisión por J. P. Millar que se presentó en 1958 en el programa *Playhouse 90* y relata una historia de amor destruido por el alcohol. Es una de esas pocas películas que se atreven a tratar el asunto sin histrionismos, con una serenidad que permite al espectador descender a los sentimientos más secretos de una pareja de alcohólicos y entenderlos.

Vergüenza y fragilidad

La vergüenza es una vivencia de inferioridad ante nosotros mismos de la que son testigos los demás. Nos hace sentirnos transparentes ante la mirada ajena, sin refugio posible que nos libre de críticas, menosprecios o sonrisas de suficiencia. Es algo que, en definitiva, nos deja a la intemperie, solos y vulnerables.

La vergüenza es el sentimiento central de una adicción, por eso esta última se vive siempre como una condición oculta aunque pueda encontrarse a la vista de todos. El adicto que bebe a solas lo hace huyendo del exterior, pero también de la imagen interna de una dignidad en crisis. Una posición para él insostenible que le lleva a evitar la declaración: “soy alcohólico...” Pronunciar esta palabra en público y voz alta significa exponerse demasiado a un abrumador sentimiento de derrota, y mostrar así, en su pura desnudez, una fragilidad cercana a la tensión del cristal a punto de quebrarse.

Kirsten y Joe

A la exploración de esa fragilidad está dedicada la película de Blake Edwards, que cuenta una historia de amor entre dos seres vulnerables cuya proximidad temporal les trasmite la ilusión de haber superado sus carencias personales.

Joe Clay trabaja como técnico en relaciones públicas, pero su cometido real consiste en organizar fiestas disolutas para los clientes de su empresa y conseguir, de esta manera, mejores pedidos y más sustanciosos contratos. Hace ya tiempo que ha renunciado a su orgullo profesional y lo ha vendido por este papel de trapisondista que le reporta la felicitación de sus jefes.

En dichas celebraciones abunda el alcohol, y Joe se sumerge en él diluyendo así todo sentimiento de fracaso. En cierta ocasión, confunde a Kirsten (una secretaria de su empresa) con una de las imprescindibles animadoras de la noche. El rechazo de ella, al afearle su conducta de alcahuete, le confronta bruscamente con la vergüenza acallada.

A partir de entonces, Joe tratará de conquistar a la mujer que le ha hecho sentirse inadecuado como una forma de restañar esa herida profunda en su amor propio y de sobreponerse al bochorno que le quema. Al fin y al cabo, la opinión de los demás sobre nosotros mismos es siempre un espejo en el que nos miramos.

El idilio comienza durante un paseo nocturno en el que Kirsten Arnesen recita los versos de Dowson, contemplando la sucia bahía, como una premonición de lo que va a ser en el futuro la relación entre ambos.

Joe ha carecido de un calor de hogar en la infancia y recuerda esos años de esta manera: “arrastrado por el cogote, a varios grados bajo cero, alimentado con mantequilla de cacahuete...” No es de extrañar que el primer regalo que ofrezca a su novia sea precisamente éste, mantequilla de cacahuete, es decir, aquello que lo ha nutrido, lo ha consolado y lo ha sacado de una infancia al descubierto. Se trata de un gesto simbólico que ella no puede entender y, sin embargo, tiene el valor, para él de una confidencia jamás antes hecha.

Kirsten, hija única de inmigrantes noruegos, ha vivido sus años primeros de un modo aparentemente feliz; educada en un ambiente serio, algo adusto quizá, por unos padres que se querían casi con exclusividad. Al punto de que el brindis selecto de ambos era “juntos en el paraíso”. La madre representaba para el marido el límite de la perfección. La niña, al parecer, se habría sentido siempre a las puertas de aquel paraíso.

Cuando Joe aparece en su vida, intuye que al fin despierta en alguien un afecto no compartido y se deja arrastrar dócilmente al alcohol. Algo bueno como el amor encierra a Kirsten en una trampa ética de la que ya no podrá salir.

Brandy Alexander

Un momento decisivo en la historia es la secuencia en la que Joe invita a beber a su amada. Ella le confiesa su debilidad por el chocolate y su aborrecimiento del licor; entonces él pide al camarero que le sirvan “algo especial”: un combinado de coñac con crema de cacao llamado “brandy Alexander”. En ese preciso instante, descubre Kirsten la dulzura del alcohol y emprende con Joe un descenso a los infiernos para ella devastador.

La fragilidad de los dos personajes se va manifestando a lo largo de la narración con escenas impresionantes como aquella que nos muestra a Kirsten viendo unos dibujos animados en la televisión mientras se emborracha a solas, expresión de su naturaleza de “niña emocional” carente de defensas psicológicas maduras.

Los sentimientos primordiales en la relación de esta pareja de alcohólicos son el amor y la vergüenza. Ninguno de ellos puede soportar que el otro sea abstemio y se inducen mutuamente a beber sin descanso. Por amor recae un Joe recuperado al ver a su mujer ebria en una descuidada habitación de motel, conmovido por el abandono de Kirsten, que llena de irritabilidad y vergüenza le exige que la acompañe en su descenso particular.

Luz de bar

Es, en definitiva, esta vivencia de indefensión, este pudor de las emociones negativas lo que impide que ella pueda convivir con un Joe abstemio a pesar de su desesperada soledad.

Nunca el cine, ni antes ni después de este filme, había mostrado con tan preciso detalle la interacción psicológica de una pareja atrapada por el alcohol en la que el fenómeno fundamental consiste en que cada uno impide salir al otro de la adicción a causa del insoportable sentimiento de fragilidad que genera la presencia del compañero sobrio.

Y así, en el último plano, nos presenta la película el reflejo luminoso de la palabra “bar” sobre el rostro triste de un Joe que ha elegido la curación, mientras ve cómo Kirsten, surgida de un nebuloso sueño se pierde en otro sueño... al final de la calle.

SOBRE EL AUTOR

Luis M. Iruela: El autor es Jefe de Servicio de Psiquiatría del Hospital Universitario Puerta de Hierro de Majadahonda. Profesor asociado del Departamento de Psiquiatría en la Universidad Autónoma de Madrid.